

PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Más allá de la vida de las formas
Está la vida de la eterna idea,
Más allá de los mundos que perecen
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

UNA PALABRA SOBRE EL HOMBRE

SU NATURALEZA Y SUS PODERES ⁽¹⁾

El objeto de este trabajo es exponer lo que la filosofía esotérica enseña sobre el hombre, es decir, cuál es su naturaleza, cuáles sus poderes, qué posibilidades le esperan en el porvenir y cuál es su estado presente.

Al empezar, permitidme deciros que os someto lo que se me ha enseñado; en gran parte, lo que he verificado también por experiencia personal, siendo hoy para mí no solo un conocimiento aprendido sino un conocimiento adquirido. Sin embargo de esto, entrego estas ideas á vuestro criterio simplemente á título de hipótesis racional, no pretendiendo de ninguna manera dictaros opiniones. Dejo á cada uno la responsabilidad de formular su propio pensamiento, de aceptar ó de rechazar lo que expongo según los dictados de su juicio, de su razón, de su conciencia. Todo lo que puedo y tengo derecho de hacer, es presentar la verdad como la concibo.

Hay una diferencia fundamental entre la concepción que se tiene del hombre en el Oriente y la que de él se tiene en el Occidente.

Según la filosofía esotérica, el hombre es esencialmente un alma. Todos los instrumentos al servicio de esta alma, todos los cuerpos que la envuelven, todas las formas particulares que reviste, todo esto, no es sino materia que cambia en el tiempo y en el espacio.

(1) Conferencia dada á bordo del paquete Kaisar-i Hind, en el Mar Rojo.

Se lee en el *Brihad Aranyaka Upanishad*: «Como un joyero tomando una pieza de oro le dà otra forma... así rechazando el cuerpo... el alma construye una forma.» De modo que el hombre es el alma, el alma que vive para recojer experiencia, para subyugar la naturaleza exterior, para unirse con el espíritu divino de donde emana. Los cuerpos de que ella se viste, son diferentes en las etapas sucesivas de la evolución, y de siglo en siglo los amolda para hacerlos cada vez más semejantes á sí misma.

Para nosotros, el alma está por encima del cuerpo y de la inteligencia, que no son, los dos, sinó sus instrumentos, sus herramientas. Los Occidentales, por el contrario, no ven, en el hombre, sinó esas dos cosas, y por ello no se interesan sinó en lo que únicamente afecta al cuerpo, y le concierne. Consideran la inteligencia como la parte esencial en ellos y por eso, carecen de la idea de que pueden un día llegar, por su solo esfuerzo, á dominar sus propios pensamientos, á gobernar su intelectualidad, del mismo modo que les es posible hacerlo con su envoltura corporal.

Para haceros comprender bien la diferencia de estas dos opiniones, voy á esbozar los diversos «principios» ó «estados de conciencia» que constituyen al hombre completo, es decir, al hombre físico, al hombre psíquico y al hombre espiritual.

Son estas las tres grandes divisiones reconocidas, y, diré de paso, tanto por el cristianismo como por las otras religiones, pues San Pablo habla del hombre como siendo cuerpo, alma y espíritu. En el cristianismo popular se ha cesado de hacer la distinción entre el alma y el espíritu, pero nó en el cristianismo filosófico. Los grandes pensadores cristianos marchan siempre sobre las huellas del gran apóstol y miran al hombre como compuesto de tres naturalezas.

El cuerpo humano, eso que nosotros llamamos su vestido físico, es una cosa cambiante é ilusoria; continuamente, de instante en instante y de año en año se modifica; las obras de fisiología moderna nos dicen que en el espacio de siete años todas las moléculas de nuestro cuerpo son renovadas y que ni un solo fragmento del que poseíais hace siete años se encuentra en el que hoy teneis. Y esto no es todo.

Según las últimas investigaciones de la fisiología, se ha reconocido que una gran parte, al menos, de nuestro cuerpo, es formada de pequeñas cosas vivientes, de microbios, como se les llama. Hoy los sábios que persiguen la causa de una enfermedad, se entregan á la caza para capturar la especie particular de microbios que produce esa enfermedad, y una de sus ocupaciones

favoritas, es la de criarlos y perfeccionarlos, de manera á hacerlos menos peligrosos para el cuerpo en el cual establecerán sus colonias.

Por este lado, la ciencia occidental se adelanta al descubrimiento de una gran verdad, que es esta: nuestro cuerpo entero no es formado sino de microbios y de seres aún más insignificantes por su tamaño. Está enteramente constituido por pequeñas cosas vivientes, por pequeñas vidas, cada una de las cuales posee una existencia propia é independiente. Del gran recipiente de la naturaleza esas pequeñas vidas llegan á nosotros, hacen en nuestro organismo una cierta estadía durante la cual las marcamos con el sello de nuestro carácter físico, mental, moral y emocional, y saliendo después con esa marca que les hemos impreso, van á contribuir á la formación de cualquier otro cuerpo, mineral, vegetal, animal ó humano, según el caso; de modo tal, que, físicamente, somos los creadores del mundo en el cual vivimos; como físicamente, también, el mundo que nos rodea es hecho de lo que nosotros le suministramos, pues es cambiado ó modificado según el carácter de lo que arrojamamos en él.

En nuestro cuerpo las pequeñas vidas circulan; nosotros las alimentamos, las emponzoñamos ó les damos fuerza, las purificamos ó las manchamos, según los casos. Por nuestro alimento y por nuestra bebida, por nuestros pensamientos y por nuestros actos, alteramos esas pequeñas partículas vivientes que pasan en nosotros, que hacen parte nuestra, arrojándolas en seguida en el ambiente para que ellas contribuyan á la constitución de otros seres, para que ellas formen los cuerpos de otras personas ó de otros objetos que hacen parte de la naturaleza física que nos rodea y cuya manera de ser variamos, según nuestro modo de vivir.

Ahi se encuentra la base física de la fraternidad humana, de la solidaridad de todo lo que es viviente; y en el mundo, no hay nada que no lo sea. De esto se sigue, que esas continuas relaciones hacen á cada uno de nosotros responsable de su poder creador, de las modificaciones y de las transmutaciones que hacemos sufrir al medio. Cada uno, por su influencia personal, cambia la vida de los otros, física, mental y moralmente.

Se dice algunas veces del hombre que, como el borracho, por ejemplo, lleva una mala vida: «No hace mal sinó á sí mismo!» Sin embargo, esto no es exacto. Ese hombre es el enemigo no solo de sí mismo sinó de cuanto le rodea, de toda vida que entre en relación con la suya. La terrible maldición que pesa sobre él, es que todas las pequeñas vidas que pasan por su organismo salen envenenadas por el alcohol para ir á entrar en el cuerpo de otros hombres, mujeres, ó niños, donde llevan el veneno de que él las ha saturado

de suerte que viene á ser en realidad un foco de maldición, una fuente de miasmas para todos aquellos que están á su alrededor. Es así, que, mostrándonos lo que es el cuerpo físico, la filosofía esotérica nos enseña á velar por nuestra conducta física. Ella nos hace comprender la responsabilidad en que incurrimos por nuestras acciones ordinarias, por nuestros pensamientos, por nuestra vida de cada día y nos hace ver cuanta importancia tiene para el verdadero teósofo su dominio sobre el cuerpo y sobre la inteligencia.

Pasemos ahora del cuerpo físico al *astral*.—En realidad, es este al que debemos considerar primeramente, pues, es él el molde en el cual entran y del cual salen todas las pequeñas vidas físicas. Este cuerpo es la parte estable del hombre; conserva al físico su forma que no se modifica sinó lenta y gradualmente; es sobre él que la inteligencia obra; y es él quien determina el arreglo de las moléculas físicas, á tal punto, que, si su forma llega á cambiar, estas últimas toman docilmente la nueva forma que les es impuesta.

El cuerpo astral, hecho de materia astral, envuelve cada molécula física y forma además una especie de atmósfera alrededor de cada uno de nosotros, atmósfera que se estiende hasta algunos piés de nuestra piel en todas direcciones, de modo tal que un clarovidente vé nuestro cuerpo físico rodeado de lo que se llama una *aura*, es decir, una capa de materia sutil que en ciertas condiciones, pueden apercibir todos los sensitivos, mientras permanece siempre visible para los clarovidentes. Su aspecto varía, según el estado de salud y la manera de ser física, mental y moral de cada persona.

Esta *aura* ó atmósfera que rodea al cuerpo, que es una expansión de materia astral, está en muy estrechas relaciones con el intelecto, siendo fácilmente afectada por el de la persona á la que pertenece, así como lo es también por el de las demás. *La materia astral es el sitio de actividad de las fuerzas magnéticas*; y estas atmósferas magnéticas que nos rodean, nos ponen en contacto los unos con los otros, de manera que, inconscientemente, nos influenciamos, como generalmente se dice.

¿Al encontraros por primera vez con una persona cualquiera, no habeis nunca sentido hácia ella una atracción ó una repulsión que no ha sido en nada determinada por vuestras ideas, vuestra opinión ó vuestro juicio anterior á su respecto? A menudo sucede que una persona os agrada ú os desagrade sin que en uno como en otro caso os sepais dar la razón del hecho. La filosofía esotérica nos hace conocer la causa de esas estrañas simpatías y antipatías, que provienen, según ella, de que cada ser humano posee un estado vibratorio particular, *la vibración de su materia astral* que está siempre en movimiento de expansión y de concentración alternativas. Una de las ca-

racterísticas de la materia astral es su facilidad para entrar en vibración y así como la luz no es otra cosa que las ondas etéreas, moviéndose rápidamente bajo la impulsión de un cuerpo ígneo, es decir, de un centro vibratorio que llamamos luminoso, á causa del efecto que sus vibraciones producen sobre nuestro ojo, la materia astral que entra en nuestra constitución, está surcada por ondulaciones de una estensión y de una frecuencia determinadas, ondulaciones que corren en nosotros y fuera de nosotros, que hacen parte nuestra y que son características de nuestra personalidad, modificables por nuestros estados de conciencia.

De igual modo que tocando dos cuerdas de un piano se obtiene una armonía ó una discordancia, según el largo y la velocidad de las ondas sonoras generadas por las dos cuerdas, así también puede haber armonía ó discordancia entre las vibraciones de las *auras* de dos personas. Si las dos vibraciones son armónicas, hay atracción, simpatía entre aquellas; si hay discordancia, habrá antipatía, repulsión, sin que se sepa porqué.

El *corpo astral* es el *medium* de todos los fenómenos magnéticos. La atmósfera astral juega su rol en todos los efectos que producimos los unos sobre los otros. Todo cuanto concierne á las emociones y á las pasiones, aparece en nosotros por medio de vibraciones astrales.

¿Os habeis preguntado alguna vez qué es la elocuencia? Ella no depende de las palabras pronunciadas; no depende tampoco del pensamiento que se encuentra detras de esas palabras, pues en posesión de vuestra sangre fria, podeis leer los pasajes más elocuentes de los grandes oradores sin experimentar ninguna pasión, ninguna emoción, sin sentirnos arrebatados por el entusiasmo. Pero, oid pronunciar por su autor y en el medio que corresponde, esos mismos pasajes, y no os sucederá lo mismo. ¿Por qué es esto? Es porque el pensamiento del orador obrando sobre su propia atmósfera astral, la coloca en un estado intenso de vibración, vibraciones de amor ó de ódio, de pasión ó de piedad, vibraciones de entusiasmo, y entonces, estas, propagándose de él á las atmósferas astrales de sus oyentes, las ponen en la misma vibración que la suya y gradualmente hacen experimentar los sentimientos y las pasiones de que el orador está animado, de tal suerte que todos concluyen por encontrarse en el mismo estado de conciencia, todos sienten lo mismo y no tienen sino una sola voluntad.

Todas esas cosas vienen de la segunda parte de la naturaleza del hombre, de esa atmósfera astral que le penetra y le envuelve y por medio de la cual la inteligencia obra sobre la materia física; es de allí que vienen, además, gran número de enfermedades nerviosas, esas crisis de histéria que

algunas veces recorren todo un hospital, esos pánicos que hacen huir á una multitud ó á un ejército, los que no son sinó vibraciones astrales intensas que, partiendo de un centro, se comunican gradualmente y determinan, en fin, aquellos fenómenos físicos.

La ciencia moderna hace investigaciones en el dominio del cuerpo astral y un buen número de profundos pensadores empiezan ya á creer que es necesario admitir esta porción de la naturaleza humana para explicar esos fenómenos oscuros de los que se ocupa con interés el pensamiento contemporáneo.

Es á esa parte de nuestra naturaleza que se relacionan todos los fenómenos de *trance*, todos los fenómenos inferiores del mesmerismo, y gran número de los del hipnotismo.

Cuando el intelecto está activo en los fenómenos mesméricos é hipnóticos, él obra sobre el cuerpo astral de la persona sometida á su influencia y produciendo efectos sobre ese cuerpo astral, los hace aparecer en el cuerpo físico.

Psicólogos occidentales, como Sidgwick, Sully, Bain, y muchos otros, han encontrado que es imposible comprender el funcionamiento de la conciencia, si se la estudia únicamente en el estado de vigilia, pues estudiándola sólo en ese estado, encuentran fenómenos que son inesplicables, y por tal razón han comenzado á estudiar la conciencia del sueño,—expresión poco exacta, pero que, por deficiencias del idioma, no hay con qué sustituirla,—á fin de comprender mejor los fenómenos intelectuales del primero de esos estados. La conciencia del sueño, comprende todos los estados de *trance*.

Una de las ventajas de este último, es que se le puede producir á voluntad, y todo sábio os dirá que, cuando se quiere constatar hechos, es preciso ser dueño de sus experiencias y poder hacer á un lado aquellos de los que no se tiene necesidad, á fin de no encontrarse sinó con las condiciones necesarias á su experimentación. Desde que puede producir éstas, los hechos aparecen entonces más netamente y él queda expuesto á ménos oportunidades de error.

Por la producción artificial del estado de *trance*, la conciencia humana puede ser estudiada de una manera distinta que en el estado normal; aquél puede obtenerse, ó por drogas ó por pases mesméricos, (por la acción de la inteligencia y de la voluntad), como también por el hipnotismo, es decir, por una acción mecánica, como un espejo giratorio, ó la luz eléctrica, ó por muchos otros medios, cuyo fin es fatigar el sentido externo hasta paralizar el nervio, á lo largo del cual la parálisis sube hácia el cerebro, al que pone en un estado comatoso.

Es así que se puede hacer aparecer en el hombre, estados de conciencia anormales, que ofrezcan fenómenos diferentes de los que vemos en el estado ordinario.

En el hipnotismo se obtienen estos resultados mecánicamente. Braid, que fué el primero que instituyó las experiencias hipnóticas, producía tales resultados por medio de lo que llamaba el *estrabismo convergente*, lo que quiere decir, en lenguaje ordinario, haciendo "poner vizcos" á sus sujetos. (Los intelectos científicos tienen la costumbre de servirse de palabras especiales y poco comprensibles, á fin de imponer á los ignorantes y á los aturdidos). Braid ponía, pues, vizcos á sus sujetos, obligándoles á mirar un objeto colocado un poco encima de los ojos, los que, dirigidos así hacia aquel punto central, fatigaban considerablemente los nervios y los músculos, no tardando por ello en sumergir á la persona en un estado de sueño ó de *trance*, durante el cual Braid determinaba la aparición de lo que se llama los fenómenos hipnóticos.

Los antiguos fenómenos del mesmerismo, eran producidos por una proyección de la fuerza magnética del operador por medio de una gran tensión de su voluntad. Así se obraba por las energías mentales directamente sobre el cuerpo astral, lo que es una operación natural; mientras que el hipnotismo, que no acciona sobre ese cuerpo sino turbando sus relaciones sobre el cuerpo físico, produce consecuencias más perjudiciales porque las parálisis que determina en este organismo, tienden á renovarse espontáneamente.

Charcot escogía siempre por sujetos personas histéricas, es decir, personas cuyo sistema nervioso estaba ya desequilibrado, que tenían tendencias á la epilepsia ó á otras formas de enfermedades mentales, pues son las mas fáciles de influenciar. Buscaba mucho menos el curarlas que el sacar de ellas conocimientos científicos; obteniendo así fenómenos psíquicos interesantes pero al precio del desarreglo completo del sistema nervioso de sus desgraciados sujetos. Esta era una vivisección humana mas crúel y más inhumana que la que se ejerce sobre los animales inferiores. Quien lo desee, puede tomar conocimiento de los resultados así obtenidos, en las obras que han sido publicadas al respecto.

Citaré solo algunos ejemplos para mostrar de qué manera el intelecto puede obrar sobre el cuerpo por medio del astral y producir resultados que nos conducirán al examen de las operaciones del intelecto formando primeramente imágenes y finalmente objetos físicos que él puede modelar á voluntad.

Podeis tomar para ello una experiencia de hipnotismo ó de mesmerismo.

Preferiría la última, aunque personalmente no hago trabajo alguno en este sentido, porque estoy convencida de que ellos tienen siempre consecuencias peligrosas. Las he hecho al principio de mis investigaciones, cuando ignoraba el mal que podía causar.

Una persona es puesta en estado de *trance*; en ese estado se le dice, por ejemplo, que á tal hora del día se presentarán sobre su mano los síntomas de una quemadura, que la piel se pondrá roja, que sentirá el consiguiente dolor y que una lesión aparecerá como si se le hubiese aplicado sobre la mano un fierro ardiente; en fin, que los fenómenos completos de una quemadura real se harán ver. Despertada aquella, dará señales de no conservar ningún recuerdo de lo que se le acaba de decir, pero una vez que la hora indicada haya llegado vereis enrojecerse la piel y un dolor será sentido. El paciente no comprende nada de lo que le pasa, pero sufre. Los síntomas aumentan en intensidad, la piel adquiere la misma apariencia que si se le hubiese puesto en contacto con un fierro rojo y, finalmente, una quemadura se mostrará, producida, nó por una acción exterior, sino por una acción del intelecto, del intelecto del operador obrando por medio del cuerpo astral del paciente, en el cual determina la imagen de una quemadura, que dicho cuerpo reproduce sobre el físico y que, como lo he explicado ya, es modelado por aquél, en el cual está contenido. En la Salpêtrière de París, se puede ver numerosas fotografías de quemaduras de este género y podeis conversar con los doctores que han producido tales lesiones sin ninguna acción exterior.

Esto dá la explicación de ciertos milagros. Cuando os encontréis, por ejemplo, delante de un caso de estigmatisación, es decir, de la reproducción, sin causa física, sobre las manos y sobre los pies, de las heridas de Jesús crucificado, no atribuyais el asunto á la obra de un charlatan que comercia con un milagro católico, como lo piensan muchos protestantes; ni creais que os veis en presencia de un caso de engaño inconsciente ni de engaño deliberado; sino simplemente de un fenómeno hipnótico que se produce entre sujetos muy nerviosos, como las religiosas y los monjes enclaustrados cuya imaginación está constantemente fija en una sola idea, y quienes, generalmente, se quedan durante horas enteras en posiciones incómodas, con los ojos levantados sobre un crucifijo, exactamente en la situación en que Braid ponía á sus sujetos para obtener su *trance* hipnótico.

Es así que se produce realmente la estigmatisación en la cual, según el carácter de su fé, unos ven un milagro, mientras que otros no encuentran sino una impostura.

Ni uno ni otra. Un milagro es un hecho natural producido por una ley desconocida, de aquellos que son sus testigos, quienes no pudiendo comprender su razón de ser, recurren inmediatamente á lo sobre-natural, olvidando que desde que lo Divino es la fuente de todo, no puede haber nada en el mundo que no sea natural, ni nada puede aparecer que esté fuera de la naturaleza y de la voluntad divinas.

Estos fenómenos son interesantes en cuanto demuestran qué resultados físicos pueden ser producidos sin causa física. La ciencia, hace cincuenta años, habría declarado imposible semejante cosa, denunciando todo hecho de este género como una impostura, á imitación de los sábios ortodoxos del último siglo que calificaron á Mesmer de charlatán y de impostor.

Pero nuestro siglo, habiendo hecho justicia á Mesmer, permite por ello á algunos de entre nosotros escuchar con una profunda indiferencia á los sábios de nuestros días cuando condenan, como imposturas, fenómenos que sabemos que son tan reales y tan naturales como aquellos que fueron calificados de fraudulentos por las eminencias científicas del siglo XVIII y que dan á las del siglo XIX la oportunidad de pavonearse triunfalmente con la pretensión de haberlos descubierto.

Sin embargo, esos fenómenos no son los más interesantes, pues están lejos de tener el alcance de la acción mental de inteligencia á inteligencia, de la acción por la cual una imagen producida en el intelecto del operador es introducida en la conciencia del sujeto que la considera como si fuese la percepción de un objeto exterior, precisamente cuando ese objeto no existe.

Pero antes de citar algunas de estas experiencias, permitidme daros algunas explicaciones suministradas por la filosofía que trato de exponer.

He hablado del alma como siendo el hombre. Esta alma cuando obra á través de la materia astral sobre el cerebro, es llamada inteligencia; es esa la manifestación inferior, la manifestación cerebral del alma; es el alma incorporada, activa en el cuerpo, pero no el alma en su pureza, en su esfera de existencia propia. Para el alma pura, la inteligencia es simplemente una herramienta, como lo es el cuerpo; inteligencia, juicio, razón, memoria, es un resultado, un compuesto del alma y del cuerpo y no el alma misma, como se cree en Europa.

En su esfera propia, ésta actúa sobre una materia mucho más sutil que la materia astral; allí cada pensamiento es una cosa, una forma, un ser constituido por esa materia sutil. Pero para que una idea se manifieste á otras almas que están en un cuerpo, es preciso que ella comience por envolverse de materia astral, que tome un traje bajo el cual pueda percibírsela en el estado de

trance ó de clarovidencia; así vestida es proyectable el plano físico. Son tales proyecciones de imágenes astrales á este plano que han constituido algunos de los fenómenos que causaron tanta turbación y embarazo en el espíritu de mucha gente en Oriente y en Occidente, con relación á la Sociedad Teosófica.

Después de la breve explicación que acabo de dar, me ocuparé de la acción del alma, por medio de la inteligencia, sobre la materia astral, y de las pruebas de esta acción que se pueden encontrar en los fenómenos del mesmerismo y del hipnotismo.

Un caso sencillo, que podeis observar, sería el siguiente: Colocad vuestro sujeto en *trance* mesmérico, tomad una hoja de papel en blanco y una tarjeta de visita que pondreis encima del papel, y decid á vuestro sujeto: «Voy á trazar una línea alrededor de la tarjeta y vos podréis verla»; entonces con un pequeño trozo de madera, sin apoyarlo sobre el papel, seguid los contornos de la tarjeta como lo haríais para fijar su silueta por medio del lápiz. Haced después, á un lado el papel y la tarjeta, y despertad á vuestro sujeto, quien manifestará toda la apariencia de estar en un estado normal. Dadle enseguida una media docena de hojas de papel en blanco entre las que se encuentre aquella sobre la cual habeis imaginariamente grabado la tarjeta y preguntadle si alguna de esas hojas contiene algún dibujo. El las examinará una después de otra y llegado á la que os ha servido, dirá: «sobre esta veo un rectángulo». A fin de aseguraros que efectivamente lo vé, pedidle que doble el papel sobre las líneas, y lo doblará al rededor de esas líneas imaginarias que vosotros no podeis ver. Tomad, después de esto, la tarjeta y encontrareis que sus dimensiones coinciden exactamente con las del papel doblado, prueba que el sujeto vé realmente sobre el papel la imagen de la tarjeta, imagen que persiste para él porque sus facultades han sido puestas en estado de clarovidencia.

Otro caso, un poco más complicado, es el que voy á referir. Para realizarlo es preciso que el operador sea apto para concentrar de una manera considerable su voluntad. Sobre una hoja de papel en blanco proyectad una imagen mental, la de un reloj, por ejemplo. Si mirais un reloj, una imagen muy neta se graba en vuestra conciencia. ¿Sois capaces de proyectar tal imagen sobre el papel en blanco, de manera á verla como si realmente hubiese allí un reloj? Esto es lo que se llama *visualisar* una cosa, poder que ciertas personas poseen en un alto grado, siendo común también, hasta cierto punto, á todo artista. Ese poder puede obtenerlo cualquier persona, pero á condición de

ejercitarse en concentrar su voluntad, lo que es necesario para conseguir éxito en la experiencia en cuestión.

Suponed que tengo aquí á mi sujeto y que proyecto sobre el papel una imájen mental del reloj, es decir, que mirando el papel veo sobre él la imájen del reloj que está en mi intelecto. No tengo necesidad de decir una palabra, ni de hacer un signo, ni de tocar al sujeto; no habrá entre los dos ningún contacto, yo no diré nada ni influenciaré á éste, sino por medio de mi intelecto. Una vez despertado, otra persona le entregará las hojas de papel, de tal manera, que no exista entre nosotros la comunicación que podría establecer mi contacto y el suyo con el papel. Al mirar las hojas llegará á aquella sobre la cual mi pensamiento ha proyectado la imájen y dirá: «veo un reloj». Pedidle que lo describa y lo describirá. Llevad la hoja á una distancia que impida ver con claridad lo que hay en ella y os dirá: «Ya no puedo verlo distintamente». Dadle entonces un antejo de teatro y volverá de nuevo á ver neta la imájen del reloj. Dadle, por fin, un lápiz y decidle que traese las líneas del objeto que vé, y dibujará sobre el papel, que para vosotros está en blanco, el reloj que yo proyecté mentalmente.

¿Qué ha pasado? El intelecto ha modelado la materia astral en forma de reloj, y esta materia es visible para una persona en estado de clarovidencia. Su cuerpo astral, vibrando al unísono con la materia astral que constituía el reloj, trasmite la imájen de ésta al sentido interno quien, á su turno, la trasmite al ojo físico, que percibe así lo que no existe para los otros. Para que una cosa sea vista, es necesario que ella exista, sin lo cual no habría medio de verla.

Sobre este punto, el profesor Lodge está en camino de hacer interesantes investigaciones. El ha adquirido la convicción de que una idea puede pasar de un cerebro á otro sin ser comunicada por la palabra ni por la escritura. Por todas estas experiencias se puede llegar á la convicción de que el pensamiento, la ideación, dá nacimiento á formas, pero el exámen profundo de esta cuestión nos llevaría demasiado lejos. He dicho que para tales experiencias la concentración de la voluntad es indispensable, pero no es necesaria cuando no se trata de afectar, sino hasta cierto grado, el intelecto de los otros; una gran condensación de pensamiento es preciso para producir una imagen astral que sea visible á los demás, pero un pensamiento comparativamente ligero basta para hacer aparecer una imagen en otro intelecto. Así se llega á la transferencia del pensamiento, poder del hombre, familiar á los estudiantes de la Teosofía y del que la ciencia ha hecho actualmente el objeto de sus investigaciones.

Antes de ocuparme de este punto, examinemos la última etapa de la producción de las imágenes cuya relación he señalado con algunos de los fenómenos producidos por Mad. Blavatsky, que ha sido quien ha hecho mayores prodigios en nuestro siglo, excitando con esos fenómenos una inmensa curiosidad y admiración, como también dando lugar á un gran número de acusaciones de impostura.

La producción de objetos físicos es una cosa bastante simple para aquél cuya inteligencia y voluntad están suficientemente ejercitadas. La condición indispensable para ello es que el alma esté bastante desenvuelta para servirse del intelecto como de una herramienta, cosa que es considerada en Occidente como imposible. Ved, en ese caso, lo que sucede: el alma pensando con fuerza en su esfera propia, produce una imagen mental, una cosa de sustancia intelectual que desciende en el intelecto ordinario, el cual obra por medio de la materia astral; esta materia astral es modelada en la imagen mental de tal manera que, como en el caso del reloj, ella se hace visible para un clarovidente. Es posible ir más lejos. Vosotros sabéis que en la atmósfera se encuentran partículas muy ténues de materia, entre otras, polvos de carbón, del ácido carbónico utilizado por las plantas para construir sus tejidos; estas partículas de materia sólidas son precipitadas por una corriente magnética en la forma astral producida por la acción del intelecto. Y es así que un objeto físico es producido.

La forma más común de estas producciones físicas es la *escritura precipitada*, y todo cuanto se necesita para escribir así, es ser capaz de pensar con fuerza cada letra que se quiere producir; es preciso, desde el principio, establecer una imagen intelectual de la letra y en seguida formar una imagen astral de ella, de tal modo, que vuestra letra, A, por ejemplo, exista en materia astral, mantenida por una firme volición. Entonces, por una corriente magnética, tan fácilmente manipulable como las corrientes galvánicas de que se sirven los electricistas para platear diferentes objetos, precipitais partículas de materia sólida en ese molde astral, partículas suspendidas en la solución atmosférica, y vuestra letra A aparecerá sobre el papel. Es por medio de este procedimiento que se forma la escritura precipitada; no hay en ello nada de milagroso; es tan simple como aquél por el cual se remite un telegrama que reproduzca, si se quiere, la letra del que lo envía. La sola diferencia entre uno y otro procedimiento es que el electricista ordinario tiene necesidad de un aparato físico, una batería y un hilo, para producir sus resultados, mientras que el *Adepto* se sirve de la materia cerebral como batería y como hilo, pues el cerebro humano es un maravilloso generador

de energía, un transmutador de fuerzas mentales en fuerzas físicas y de fuerzas físicas en fuerzas mentales; es en él que se produce la gran alquimia de la naturaleza y él puede ser gobernado por una voluntad purificada y concentrada.

Si me preguntais: ¿Podemos hacer otro tanto?, os responderé: Nó, porque no habeis adquirido las facultades necesarias; y me escusareis si os digo algo que es tal vez impolítico: que muy pocos entre vosotros son capaces de *pensar realmente*. En general, divagais; no pensais. Enunciáis simplemente los pensamientos de los otros, pensamientos que viniendo del mundo mental y del mundo astral, pasan derivando en vuestro intelecto.

Las inteligencias de la mayor parte de entre nosotros no son otra cosa que posadas en las que se alojan un momento los pensamientos pasajeros que vienen del medio mental en el cual nos encontramos; ellos entran allí, permanecen un momento y después se van para dejar sitio á otros. Hay intelectos que no son ni siquiera eso, sino terrenos valdios sobre los cuales se encuentra colocado este aviso: «aquí se puede depositar escombros». Se derrama, allí, efectivamente, montones de novelas triviales y ridículas, hechos diversos sacados de las crónicas de los diarios, chismografías de porterías, boberías, y cosas absurdas. Y hombres y mujeres, que pasan el día entero alimentando su inteligencia con estos detritus y suciedades, se admirarán de no ser aptos para dirigir desde un principio las fuerzas mentales y para servirse á su capricho de la voluntad, que el alma no logra hacer dúctil y obediente, sino después de años de ejercicio sostenido.

Si creéis que mi opinión es un juicio temerario, ensayad solamente pensar un minuto en una misma idea y antes de que la mitad de ese tiempo haya corrido, vuestro intelecto se encontrará lejos, ocupado en considerar otra cosa. Haced la prueba, cuando yo haya acabado de hablar, de guardar presente en el espíritu la idea de un reloj, durante un minuto y, antes de que un cuarto de ese minuto haya pasado, os sorprendereis pensando: ¿Qué fué lo que ella ha dicho? ¿Qué actitud tenía cuando decía tal cosa? ¿Qué hacía mi vecino en ese momento? *Pensareis en todo, excepto en la única cosa en la cual teneis intención de pensar*. Entonces, puede ser, sereis convencidos, como yo misma lo he estado por una experiencia parecida, de cuán poco poder poseemos sobre nuestra propia intelección, cuánto nos encontramos á merced de los pensamientos extraños en vez de ser capaces de emplearlos á voluntad.

Pasemos á otro ejemplo. Un asunto cualquiera os preocupa grandemente; nada podeis hacer por el momento para arreglarlo en la forma que os conviene; sin embargo, os privará del sueño y no podreis dejar de pensar en él.

¿Por qué? Porque esa preocupación, esa zozobra que experimentais, os domina en vez de ser dominada por vosotros. Si pudieseis vivir la vida del alma, si conocieseis los poderes de ésta, no pensaríais jamás en ninguna cosa sin querer pensar en ella con una intención determinada. Si tuvieseis, por ejemplo, un proceso de importancia considerable en cuyo resultado nada pudieseis hacer, no pensaríais en él hasta el momento en que fuese juzgado; vuestro intelecto se ocuparía de otros pensamientos útiles y no os afligirían esas inquietudes, esos tormentos inútiles que envejecen y matan más pronto á las personas que cualquier otra cosa. Permitidme deciros, de paso, que el conocimiento de este poder es uno de los dones más preciosos que hayamos recibido del Saber Oriental. Si entre los Indúes, el número de aquellos que pueden ejercer tal poder no es muy grande, hay muchos que conocen su existencia, que comprenden su posibilidad, que saben que el alma puede vivir realmente de este modo superior y que es posible elevarse, por encima del cuerpo y de la inteligencia, á la región de la verdadera vida, que es la de todas las Causas.

Nuestro pensamiento, aún cuando divaga, dá *nacimiento á formas*, y es este un punto de importancia práctica para nosotros. Pensando, creamos formas que, según la naturaleza de nuestro pensamiento, son buenas ó malas; lo primero, si el pensamiento produce bien; lo segundo, si hace mal.

La forma á la cual damos nacimiento, saliendo de nosotros, entra en el mundo astral donde es una cosa viviente que influencia á otras personas, ó hace parte del stock de pensamientos comunes á todos los hombres.

A este respecto, uno de los grandes maestros orientales ha dicho:

«Cada pensamiento del hombre, inmediatamente evolucionado, pasa al mundo exterior donde se convierte en una entidad activa, asociándose, fundiéndose con un *Elemental*, es decir, con una de las fuerzas semi-inteligentes de los reinos invisibles de la naturaleza. Él sobrevive como inteligencia activa, creatura engendrada por el intelecto, durante un tiempo más ó menos largo, según la intensidad de la acción cerebral que lo ha generado. Un buen pensamiento dura á título de poder bienhechor, uno malo es un demonio pernicioso. De esta manera, el hombre deja, como estela de su carrera en el espacio, un mundo que le es propio, poblado de creaturas de sus fantasías, de sus deseos, de sus impulsos y de sus pasiones; la población de esa estela, obra en proporción de su intensidad dinámica, sobre todo sensitivo, sobre toda organización nerviosa que entra en contacto con ella. El bouddhista llama á esto su *shandba*, el Indú lo nombra *karma*.» (1)

(1) A. P. Sinnet—«El mundo oculto.»

Ved lo que todos hacemos durante el día y durante todos los días de nuestra vida; arrojamos alrededor de nosotros corrientes de pensamiento, poblamos la atmósfera mental de nuestras ideas buenas, malas é indiferentes, de pensamientos de amor ó de odio, de satisfacción ó de amargura, pensamientos que son unos bendición y otros, por el contrario, maldición para la humanidad.

Es ahí que está el *poder creador* de que somos *responsables*. El poder de creación física de que ántes he hablado, es nada en comparación con el de creación moral que existe en nosotros, pues según los pensamientos buenos ó malos á los cuales damos nacimiento, influenciamos nuestra propia vida y la de los demás, edificamos nuestro presente y nuestro porvenir, construimos el mundo de hoy y el de mañana.

¿Qué es un criminal?

Todos creemos que podemos separarnos de él, que valemos más, que no somos responsables de sus actos, que somos inocentes de sus crímenes.

¿Estais bien seguros de ello?

Un criminal es un ser cuyos organismos son muy receptivos; es un ser, pasivo, negativo; es más que eso, un suelo labrado, preparado por sus pensamientos anteriores, de tal manera, que es capaz de hacer germinar inmediatamente todo pensamiento malévoló y cruel, todo grano de mal que llegue á caer allí; suelo que no haría brotar plantas malsanas si solo buenas simientes cayesen en él. ¿Pero cuántas malas semillas no arrojamos nosotros sobre un terreno tan propicio para hacerlas brotar? Un pensamiento de cólera, aunque dominado al cabo de un momento, no por eso deja de pasar por el mundo mental donde se hace una fuerza malhechora, un gérmen de mal, y este grano, si penetra en la atmósfera mental del criminal, caerá sobre tierra bien preparada para su germinación y allá, desenvolviéndose gracias á los elementos asimilables que se encuentran esparcidos, dará origen, puede ser, á un acceso de furor que conduzca hasta á la realización de un homicidio. El asesino solo es condenado por la ley humana; pero ante la Ley más justa y más comprehensiva del Universo, aquél que ha sembrado el grano de cólera tiene su parte de responsabilidad en el crimen. Cualquiera que contribuya á manchar á su hermano, es responsable del pecado de este.

Análoga cosa ocurre con el bien. Cada noble pensamiento pasa al mundo mental, y es un buen gérmen que, si cae en un terreno lleno de alimentos que le convienen, puede venir á ser una bella convicción que se manifestará en una acción heroica. Nuestros santos y nuestros pensadores, nuestros

héroes y nuestros mártires, nos pertenecen, hacemos parte de ellos, hemos contribuido á producirlos con todo lo que hay de bueno y de noble en nosotros. Nuestros buenos pensamientos son un socorro que les ayuda en el cumplimiento de su tarea.

Son estas algunas de las enseñanzas de la filosofía esotérica con respecto á la naturaleza del hombre y de sus poderes. Cada uno de nosotros toma parte en la construcción del mundo, cada uno de nosotros contribuye á la formación del porvenir. Lo que hoy nos rodea, no es otra cosa que el resultado de los pensamientos del pasado, y el medio en el cual nos encontraremos mañana, será el producto de nuestros pensamientos de hoy. La Ley reina por todas partes, tanto en el mundo mental y en el mundo moral como en el mundo físico. *El hombre es el creador de su destino*, es el constructor, el modelador, el maestro del mundo en que vive.

Ved el mensaje que he tratado de trasmitiros, ved el fragmento de verdad esotérica que he ensayado de esponeros. Es así que, desenvuelta al contacto de la filosofía, la moralidad se encarna en la vida. Es así que la vida se hace bella, se hace fuerte, digna, noble y tranquila. Como almas vivientes tenemos el porvenir en nuestras manos; tenemos el poder de modelarle y por consiguiente la responsabilidad de la forma que le demos; pues allí donde se encuentre el Poder se encuentra también el Deber, y á medida que el conocimiento del primero aumenta, más considerables se hacen ese mismo poder y lá responsabilidad.

ANNIE BESANT.

EL SENDERO QUE CONDUCE AL CIELO

Si quereis acostumar vuestros piés á caminar por el sendero que conduce al cielo, sabed que los primeros esfuerzos son penosos; Dios quiere ser buscado para sí mismo, y por eso es celoso y os quiere todo entero; pero cuando os habeis dado á él, jamás os abandona..... Ningún centinela defiende los límites de su reino, podeis entrar por cualquier parte; su palacio, sus tesoros, nada está guardado. Ha dicho á todos: Tomadlos! Pero es necesario QUERER ir allí.....

Pocas criaturas *saben* elegir entre estos dos extremos: ó quedar ó partir, ó el fango ó el cielo. Cada uno hesita. La debilidad produce el extravío, la pasión arrastra al hombre al mal camino y el vicio lo enclava allí, deteniendo su progreso hácia otros estados superiores. Todos los seres pasan una primera vida en la Esfera de los Instintos hasta que reconocen la inutilidad de los tesoros terrestres, después de haber soportado mil penurias para reunirlos. ¡Cuántas veces hay que vivir en este primer mundo, antes de salir de él preparado para volver á empezar otras pruebas en la Esfera de las Abstracciones donde el pensamiento se dedica á las falsas ciencias, hasta que el espíritu se cansa, en fin, de la palabra humana; después, vencida la materia, viene el Espíritu! *¡Cuántas formas* tiene que adoptar el ser prometido al cielo, antes de llegar á comprender el precio del *silencio* y de la soledad.

Después de haber experimentado el vacío y la nada, los ojos se dirigen hácia el buen camino; y hay, entonces, que pasar por otras existencias para llegar al sendero en que brilla la luz. La muerte es el descanso de ese viage.

Las experiencias se realizan, entonces, en sentido inverso, y á menudo es necesario una vida entera para adquirir las virtudes opuestas á los errores en que el hombre ha vivido precedentemente.

Al principio, se vive la vida en que se sufre, y cuyas torturas dan sed de amor. Enseguida, la vida en que se ama y en la que la abnegación por la criatura enseña la abnegación por el Creador; donde las virtudes del amor, sus mil martirios, sus angélicas esperanzas, sus goces seguidos de dolores, su paciencia, su resignación, despiertan el apetito de las cosas divinas. Viene después la vida en que se busca en el silencio el murmullo de la palabra, la vida en que se llega á ser humilde y caritativo. Después la vida en que se desea. En fin, la vida en que se ora.

Allí está el eterno mediodía! allí están las flores! Las cualidades adquiridas y que lentamente se desarrollan en nosotros son los invisibles lazos que ligan nuestras existencias entre sí, y que sólo el alma recuerda, pues únicamente el pensamiento tiene la tradición de lo anterior.

Este perpétuo legado del pasado al presente y del presente al porvenir, es el secreto de los génius humanos!

La Palabra, de la que os revelo aquí algunas sílabas, la tierra la ha dividido, la ha reducido á polvo y la ha sembrado en sus obras, en sus doctrinas, en sus poesías

A los unos los sufrimientos que nos separan del mundo, á los otros la soledad que nos acerca á Dios, á los demás la poesía. En fin, todo lo que os

reconcentra en vosotros mismos, lo que os hiere y os abate, os eleva ú os precipita, es una repercusión del mundo Divino. Cuando un ser ha trazado su primer surco, esto le basta para asegurar los demás: un sólo pensamiento que se abre camino, una sola voz que se escucha, un sólo sufrimiento que os aqueja, un sólo éco que encuentra en vos la palabra, puede cambiar para siempre vuestra alma. Todo conduce á Dios; existen, pues, muchas probabilidades de encontrarlo yendo siempre, sin desviarse, hácia adelante.

El silencio y la meditación son dos medios eficaces para marchar por esa vía. Dios se devela siempre al hombre solitario y recojido. De esa manera se operará la separación necesaria entre la Materia que por largo tiempo os ha rodeado de tinieblas y el Espíritu que nace en vos y os ilumina, trayendo la claridad á vuestra alma. Vuestro corazón despedazado recibe entonces, la luz!

El Universo pertenece á quien quiere, á quien sabe y á quien puede orar, pero es necesario *querer, saber y poder*; en una palabra, poseer la fuerza, la sabiduría y la fé.

Para conseguir orar de esa manera, desprendeos por completo de la carne, adquirid en el fuego de los crisoles la fuerza del diamante, pues esta perfecta comunión no se obtiene sino en el reposo absoluto, cuando se han apaciguado todas las tempestades

Existe una armonía, y de ella participais! Existe una luz, y la veis! Existe una melodía, y su acorde está en vos! En ese estado sentireis que vuestra inteligencia se desenvuelve, aumenta y alcanza á distancias prodigiosas, pues para el espíritu no existe ni el tiempo ni el espacio. Estos no son sino limitaciones creadas por la materia.....

Una vez que habeis experimentado las delicias de la embriaguez divina, engendradas por vuestros trabajos *interiores*, entónces todo está dicho! Una vez que teneis el sistro en que Dios os canta, ya no le abandonais jamás.

De ahí proviene la Soledad en que viven los Espíritus Angélicos, y su desdén por los goces humanos..... Aquellos que han llegado al punto desde donde se descubre la Puerta Santa, y que sin mirar hácia atrás, sin expresar un solo sentimiento contemplan los mundos y penetran sus destinos, esos se callan, esperan y soportan sus últimas luchas. La más difícil de la última, la virtud suprema, es la resignación: estar desterrado y no quejarse, no encontrar ya la felicidad en las cosas de aquí abajo y sonreír, ser de Dios y permanecer entre los hombres!.....

Alma de todas las cosas..... á quien yo amo solo por tí mismo..... dadme

tu esencia y tus facultades para que mejor esté en tí.... Tómame para que no sea ya yo mismo.....

¡Ah! los lazos se rompen! Puros espíritus, rebaño sagrado, salid de los abismos, volad á la superficie de las ondas luminosas! Venid á reuniros que la hora ha sonado! Cantemos en las puertas del Santuario, para que nuestros himnos disipen las últimas nieblas. Unamos nuestras voces para saludar la aurora del Dios Eterno!—Hé aquí el alba de la verdadera Luz!—
¿Porqué no puedo llevar á los que amo? ¡Adios, pobre Tierra! ¡adios!

H. DE BALZAC.

(Estractos de Seraphitus, Seraphita).

CREENCIAS FUNDAMENTALES DEL BUDDHISMO

(CONTINUACIÓN)

En efecto; no tiene esa inmortalidad el carácter que le atribuyen las filosofías espiritualistas y las enseñanzas de la mayoría de las religiones, particularmente el Cristianismo y el Islamismo, según los cuales es aquella necesaria y absoluta.

La inmortalidad se construye, se conquista ó se pierde—ó por mejor decir—se aplaza por Eternidades, condenándose el hombre á sí mismo á volver á empezar, partiendo de los grados más bajos, hasta los cuales podemos volver á caer, después de haberlos recorrido para llegar al estado de hombre.

Y como hemos dicho, es tan imposible á un cerebro humano concebir cosa alguna fuera de lo que existe, que todos los conceptos humanos, sean cuales fueren, por absurdos é insensatos que puedan parecer, responden á algún aspecto de la Realidad.

Para concebir una cosa que no existiese, como por ejemplo, la inmortalidad ó el aniquilamiento final, sería preciso que pudiese nuestro pensamiento salirse ó libertarse de las leyes de la Naturaleza, y entónces nos transporta-

ríamos con el pensamiento *más allá* ó *más acá* de LO QUE EXISTE; pero *más allá* y *más acá* de lo que existe, no hay nada, pues todo cuanto existe, sea cual fuere su naturaleza, sólo puede ser contenido en aquello que existe.

Así, pues, nuestro pensamiento se halla necesariamente encerrado en la Realidad única y absoluta.

Sólo que nuestro pensamiento puede ser incompleto y no abarcar más que uno solo de los *infinitos* aspectos de la Verdad.

Este es el caso más común.

Supongamos que nuestros ojos estuviesen contruídos de tal modo, que sólo percibiesen uno de los siete rayos de la luz.

Cada cual llamaría luz al rayo por él percibido. Ese rayo sería rojo para uno, morado, anaranjado ó azul para otros, y entónces cada uno diría:

La luz es roja, es anaranjada, es morada, etc.

Todos tendrían razón y todos estarían en el error; porque la luz no es ni roja, ni anaranjada, ni morada: es blanca, porque es la reunión de todos los rayos.

Los contiene á todos y no es ninguno de ellos.

Así razonan nuestros cerebros actualmente.

No pudiendo abarcar la verdad entera, sólo percibimos fragmentos de ella, fragmentos que son contradictorios, puesto que cada ojo vé solamente un aspecto, sin percibir el conjunto.

El espiritualista afirma la inmortalidad y tiene razón.

El materialista la niega y tiene razón.

Cada uno de ellos, vé un aspecto diferente del hombre; y discutirían eternamente, sin llegar á convencerse, como en el caso de dos hombres de los cuales el uno viese un objeto azul y el otro rojo.

Depende esto, de que cada cual razona en línea recta, partiendo de un punto para llegar directamente á otro.

Ahora bien; la verdad nó es una *línea recta*, sinó una *línea curva*. Es una *Espiral que vuelve sin cesar sobre sí misma, elevándose siempre*.

No estudiando el materialista y el sábio occidental contemporáneo, más que el cuerpo y los aspectos inferiores del hombre, y no viendo en ellos otra cosa, tienen razón en decir que todo esto se disuelve y se disgrega por siempre después de la muerte.

El espiritualista que estudia el juego del pensamiento, y que entrevé otro aspecto del hombre, aunque con muchos errores, confusiones y deficiencias,

afirma su inmortalidad, y tiene razón en sostener que no todo muere, si bien atribuye en gran parte la inmortalidad á elementos que de hecho no son inmortales.

Mas desde el momento en que un cerebro humano concibe la inmortalidad, es porque ésta existe; porque, lo repetimos, fuera de lo que existe, nada podemos concebir; es decir, fuera de la Naturaleza; á menos de encontrarnos nosotros mismos fuera de la Naturaleza y de sus leyes, cosa que nadie pretenderá ciertamente.

Todo está, pues, en saber qué parte de nuestro ser es inmortal, cuál otra no lo es, y cómo.

Las ciencias modernas y las filosofías occidentales, son impotentes en absoluto respecto á este particular; y por más que disputan entre sí desde hace siglos, no han dado un paso adelante, ni han logrado ponerse de acuerdo.

Sólo la *Teosofía* y la *Ciencia Oculta* son capaces de resolver el problema, pues conocen las leyes reales del Universo, según lo hemos de ver, cuando, al tratar de KARMA, consideremos el otro aspecto de la cuestión.

(B) *La ignorancia engendra también la idea ilusoria é ilógica de que no hay más que una existencia para el hombre; y la otra ilusión, de que á esa única vida suceden estados inmutables de goces ó tormentos.*

Esta idea de una vida única, seguida de recompensas ó castigos eternos, resultado como siempre de un razonamiento en línea recta, es decir, estrecho é incompleto, es, quizás, lo que más ha contribuído á producir materialistas, así como el dios de las Religiones ha producido los ateos.

Lo absurdo é injusto de este concepto, ha sublevado en todo tiempo á las personas que raciocinan.

Tan fácil es la crítica de tal idea, que todos se han dado á ella y casi todos se han contentado con esto, por ser la crítica cosa sencilla, cómoda para nuestra pereza, y estrecha de espíritu y halagüeña para nuestra vanidad; pues el criticar á los demás ó á sus ideas, nos inspira el sentimiento de que somos mucho más inteligentes que ellos.

De que una cosa sea absurda ó falsa en alguno de sus aspectos, deducimos que su contraria es verdadera: siempre el argumento rectilíneo.

Huela en el Polo Norte. Nos precipitamos al Polo Sur, y también allí huela.

No olvidemos jamás que lo que llamamos lo contrario de un error, puede ser también erróneo.

En efecto: un error es siempre una verdad incompleta, y puede su contra-

rio no ser más completo; siendo, por tanto, tan erróneo y pudiendo ser, sin embargo, tan cierto... parcialmente.

Para que una vida única fuese seguida de una eternidad, ya en un paraíso, ya en un infierno cualquiera, sería preciso que esa vida única nos permitiese merecer lo uno ó lo otro. Ahora bien; ¿es esto posible en el transcurso de poquísimos años (nulos para algunos, puesto que además de los que nacen muertos, hay muchos que mueren á los pocos días, á las pocas semanas, ó á los pocos meses de nacer) y con tal variedad de condiciones, que mientras unos dejan de existir apenas salidos de la infancia (que es irresponsable), otros llegan á la extrema vejez, y una gran parte abandona la vida en las diversas edades que separan al jóven de veinte años del sexagenario, y hasta del centenario? Y en tal espacio de tiempo y de pruebas, que á veces pueden reducirse á cero, ¿cómo habrá de merecerse un fallo definitivo, una absolución ó una condena eternas?

No prolongándose igualmente para todos el esfuerzo, existe ya una desigualdad que toca al absurdo.

Por otra parte, las condiciones de la existencia, y por lo tanto, las condiciones en que podemos *merecer* ó *desmerecer*, son desiguales en absoluto; y si hoy sucumbimos, no siempre tenemos el tiempo ni la ocasión de levantarnos; así como es muy posible que, apareciendo virtuosos á la hora de la muerte, nos hubiéramos de convertir en criminales, si viviésemos más tiempo.

El que hoy es un asesino, acaso mañana se arrojará al agua para salvar á un desgraciado que se ahoga, ó viceversa. Si muere después de haber llevado á cabo uno sólo de esos actos (pues habría ejecutado ambos, de haberse prolongado su vida), y es castigado ó premiado según la casualidad del momento, resultaría una injusticia, porque tal hombre no se habrá manifestado enteramente bajo su doble aspecto.

Y si se nos dice:

«Dios que lee en los corazones, sabe lo que vale, y tiene todos los elementos necesarios para juzgarle.»

Contestaremos:

¿A qué someterle entónces á esa prueba de la vida, que en semejantes condiciones no es más que un motivo de risa?

¿Acaso son iguales las circunstancias de la lucha en relación con una misma y única recompensa para todos, y es igual acaso el esfuerzo para conseguirla?

De ningún modo.

¿Acaso para alcanzar el fin apetecido, es el mismo el punto de partida del

hijo de un hombre abyecto y de una ramera, nacido en el arroyo, criado en el vicio y la ignorancia, que sólo tiene necesidades y apetitos, sin medio alguno para satisfacerlos honradamente, que el del hijo de la clase media, mimado, bien educado, sin carecer de cosa alguna, ni siquiera de buenos ejemplos, el cual encuentra, por decirlo así, su vida ya trazada apenas nacido?

«Dios pesará las circunstancias» — nos contestan de nuevo.

De todos modos, es lo cierto que uno y otro llegarán al mismo resultado final, por lo que respecta a la Eternidad, después de pruebas muy distintas. ¿Por qué esta diferencia?

Cuando en las carreras de caballos se trata de ganar el premio, se pone gran cuidado en que la igualdad entre los concurrentes, en el momento de la salida, sea absoluta.

Séanos permitido decir que es *tonto* el suponer que la ley que rige el Universo, sea menos inteligente y más inicua que las leyes humanas, que no son por cierto perfectas.

Pero como dijo Sakya-Muni, como enseña la Teosofía y como también lo demuestra la Ciencia Oculta, sólo la ignorancia pudo engendrar y aceptar conceptos tales.

VII

LA DESAPARICIÓN DE ESTA IGNORANCIA PUEDE LOGRARSE CON LA PRÁCTICA PERSEVERANTE DE UN ALTRUÍSMO QUE COMPRENDA LA CONDUCTA, EL DESARROLLO DE LA INTELIGENCIA, LA ELEVACIÓN DEL PENSAMIENTO Y LA DESTRUCCIÓN DEL DESEO DE LOS PLACERES PERSONALES INFERIORES.

Para desarrollar las fuerzas musculares y combatir la anemia y otras enfermedades, se recomienda un conjunto de ejercicios determinados y una higiene especial.

Para destruir nuestra ignorancia y alcanzar un estado de desarrollo espiritual que nos proporcione el medio de comprender ciertas verdades é identificarnos con ellas, existe igualmente una higiene completa, que es preciso seguir.

En ambos casos, sólo se manifiestan los resultados lenta y progresivamente, tras larga perseverancia, con una firme voluntad de lograr el objeto.

El ejercicio del Altruismo es lo más importante.

No es el *Altruismo* la simple fraternidad sentimental cuya teoría es cosa corriente en el mundo.

Bajo el punto de vista teosófico y oculto, el *Altruismo* es muy distinto de la Fraternidad, aun de la cristiana.

La fraternidad supone hermanos; pero quien dice hermanos, dice individuos separados, independientes unos de otros, teniendo cada cual su vida propia.

Nosotros somos no solamente hermanos, es decir, hombres, sino que todos nosotros somos el *mismo hombre*; he aquí lo que es necesario saber y comprender.

Yo soy tú y tú eres yo.

Emanados todos de la misma Fuente Unica, de donde todo sale y adonde todo vuelve, la cual es la *Substancia-Espíritu Uno*, que tiene su origen en la CAUSA SIN CAUSA, lo que nos separa sólo es aparente, transitorio, y por tanto, tan ilusorio como lo que hiciese creer que el oleaje que altera el curso de un río, es cosa distinta del río mismo.

La Humanidad es un sólo Ser, momentáneamente dividido en partes por la densidad de la materia en que está sumergido, de igual modo que los rayos de la luz se descomponen á través del prisma.

Estos rayos no son sólo hermanos, sino que todos ellos son la misma y única luz, y la refracción que por un momento les dá la apariencia de una existencia distinta, no los hace independientes y diferentes entre sí.

Es, pues, necesario destruir en nosotros esa ilusión de *Separatividad* que paraliza todo progreso, y es causa de casi todos nuestros males.

Cuando se ha comprendido esto, cuando se siente uno verdaderamente unido á todos los hombres y aun á todos los seres, sea cual fuere el grado que ocupen en la escala de la evolución, más adelante ó más atrás, todo cambia en nosotros y en derredor nuestro.

El Gran Soplo corre por nosotros y nos arrebatá; la Humanidad entera palpita en nosotros; y el Universo nos abraza y compenetra, de igual modo que el Océano abraza, compenetra y se incorpora la gota de agua.

Si á esta gota de agua se le ocurriese exclamar: ¡ya no soy nada!

Bastaría contestarle:

¡Te has convertido en el Océano mismo!

¿Qué has perdido?

Entendido de esta manera, el *Altruismo* destruye el egoísmo, y muerto éste, todo se hace fácil y comprensible. Mientras no veamos más que á nuestra per-

sona y sólo pensemos en ella, se alza ésta como una muralla entre nosotros y la verdad.

Confundimos el efecto con la causa, un reflejo de luz con el sol, un accidente con una ley.

Atribuimos una importancia ridícula y nociva á todos los detalles de nuestra persona, destinada á desaparecer, á todo aquello que sólo es aparente, ilusorio, pasajero.

Y no habiendo desarrollado en nosotros cosa alguna útil y capaz de impulsarnos en el camino de la evolución, nos vemos condenados como Sísifo, á voltear incesantemente la roca de nuestras Reencarnaciones, que vuelve siempre á caer sobre nosotros.

Del hecho sencillo de la completa inteligencia del Altruismo, y por consiguiente de sus prácticas, se derivan necesariamente el desarrollo de la inteligencia, que se mueve en un horizonte sin límites, en vez de dar vueltas en el horizonte de la personalidad como una ardilla en su jaula, «la elevación del pensamiento» y la destrucción natural, desde entónces, del «deseo» ardiente, exclusivo, «de los placeres inferiores personales», cuyo amargo sabor y cuya insaciabilidad todos conocemos por experiencia.

Lassata non saliat viris.

Mas es preciso insistir todavía sobre un punto:

La elevación del pensamiento.

Todas las filosofías, todas las morales, todas las religiones recomiendan lo mismo.

Pero ninguna pasa de ahí; ni indican cuáles sean la acción é importancia reales del pensamiento.

Según hemos dicho, sólo existe *Una Ley*, como no hay más que *Una Sustancia*, *Un Espíritu*, del cual todas las cosas y todos los seres, sin excepción alguna, son un aspecto transitorio en diferentes grados de la evolución.

Exprésase en Teosofía esta verdad con el siguiente axioma, que abarca todo, y bastaría si fuese comprendido:

Lo que está Arriba es como lo que está Abajo, y lo que está Abajo, es como lo que está Arriba.

Y esto se representa en Ocultismo por medio de dos triángulos enlazados, el uno con el vértice hácia arriba, y el otro con el vértice hácia abajo.

Es lo que se llama el Sello de Salomón.

Esto quiere decir, principalmente, que todo cuanto existe, hasta el átomo más diminuto que imaginarse pueda, contiene en sí *todos* los Elementos y *todo* el proceso del Universo entero.

Por consiguiente, que el hombre es un microcosmo, es decir, un pequeño universo completo, en donde se encuentra todo, si se busca bien, hasta lo que vulgarmente se llama Dios; y debemos trabajar para desarrollar y llegar á ser ese Dios que está en nosotros, con la esperanza de recorrer toda la gerarquía de los Dioses.

Ahora bien: puesto que toda causa produce efectos, nuestros pensamientos producen efectos, y estos efectos son seres, seres absolutamente reales, que viven la vida que consciente ó inconscientemente les hemos infundido.

PENSAR ES CREAR.

Nuestro pensamiento no se extingue en nosotros, aun cuando no vaya seguido de un acto material.

Se exterioriza, se materializa; y á cada segundo poblamos nuestra atmósfera de seres buenos ó malos, conforme á la naturaleza de nuestros pensamientos, los cuales permanecen en derredor nuestro, ligados á nosotros, envolviéndonos, de modo que el hombre perverso respira realmente una atmósfera deletérea que le envenena moralmente un día tras otro.

Pero no es esto todo. Esos seres que se nos adhieren, y que como vampiros chupan nuestra sangre, (si son hijos de nuestros malos pensamientos), ó se convierten para nosotros en una especie de ángeles custodios y bienhechores (si nuestros pensamientos son buenos), pueden también ir léjos, atraídos por la afinidad que les impulsa hácia los hombres cuyos instintos corresponden con tales *pensamientos vivientes*.

Supongamos que en un momento de ira, hemos pensado cometer un homicidio.

No llegamos á ejecutar el acto, porque la razón y la prudencia han vuelto á nosotros.

Creemos que con todo esto ha concluído, y nos felicitamos diciendo:

«¿Qué importa que yo piense mal, si obro bien? ¡Soy siempre un hombre honrado!» Nos engañamos. Ese pensamiento ha penetrado en la vida. Ha tomado cuerpo, subsiste. Lo hemos rechazado, pero vá á otra parte, y al encontrar en su camino á otro hombre menos dueño de sí mismo, de instintos homicidas, falto de la necesaria energía, se le adhiere, y *habremos creado un asesino*, que lleva á cabo aquéllo que sólo habíamos pensado.

¿Acaso no sabe todo el mundo, ó por lo menos no presiente y dice á menudo, que existen en el aire crímenes ó heroicidades? ¿No están, por ventura tan comprobadas las epidemias morales como las físicas?

Si un hombre no lleva á cabo lo que piensa, otro lo realizará.

Todos somos responsables en lo que con nosotros se relaciona, de todo el mal y de todo el bien que se hace en cualquier punto del globo.

El Altruismo es una ley. Nada puede desprendernos de esa solidaridad esencial y originaria que hace que todos seamos el *mismo hombre*, y que no podamos elevarnos, ni caer, ni perdersnos, ni salvarnos *sólos*.

Por esto enseña la Teosofía que la importancia de los pensamientos es mayor que la de los actos.

No se nos esconde que todo esto ha de parecer fantástico á la mayor parte de nuestros lectores.

Pero ELLO ES ASÍ.

El que desee obtener no sólo la convicción, sino la *certidumbre*, lo logrará con tal que así lo quiera realmente.

Y ahora se comprenderá la idea de Sakya-Muni, al recomendar la *Elevación del Pensamiento*.

(Continuará.)

EL RASTREO Y LA PISTA

Encontrándome en Blois en 1886 he sido testigo de un hecho análogo al del célebre *hechicero* Santiago Aymar que en 1692 siguió la pista á un asesino desde Lyon hasta Avignón.

El sargento B... del 113º de línea, con el cual había hecho algunas experiencias sobre polaridad, estaba sujeto á accesos de sonambulismo natural que se reproducían cada ocho ó diez días, más ó menos. El acceso se anunciaba generalmente durante el día por una gran necesidad de sueño; y á la noche B... se dormía en cuanto se metía en cama. Dos horas después se levantaba, se vestía, se sentaba en una mesa de su cuarto y se ponía á hablar en alta voz, refiriendo frecuentemente lo que hacían en ese momento las personas con quienes tenía relación. Con tal motivo se producían revelaciones picantes, pero comprometedoras para los que eran objeto de ellas, porque su camarada de cuarto estaba siempre presente allí para recibirlas.

Una vez se cometió un robo en el regimiento; durante la noche se había

sustraído el portamonedas de un sargento mayor, del bolsillo de un pantalón colocado cerca de su cama, en una silla.

Cuatro ó cinco noches después, B.... que había oído hablar mucho del asunto cayó en uno de sus accesos habituales de sonambulismo, pero en lugar de sentarse en la mesa, como de costumbre, salió del cuarto seguido de su camarada, á quien llevaba la curiosidad de saber lo que iba á hacer.

Fué derecho al cuarto del sargento mayor robado, miró el pantalón, *olfateó el suelo*, y, con la cabeza inclinada, las narices abiertas, como el perro que sigue un rastro, se lanzó por los corredores, atravesó el patio, deteniéndose algunas veces para arrastrarse por el suelo husmeando el aire con fuerza cuando perdía la pista. En fin, después de detenerse algunos momentos en los lugares en que el ladrón imaginario parecía haber quedado en acecho, se encaminó por un corredor, subió una escalera y se dirigió sin vacilar al lecho de un soldado á quien no conocía y en cuyo cuarto jamás había estado; allí, después de algunos segundos de exámen, exclamó con despecho: *Demasiado tarde!*, volviéndose enseguida para acostarse.

A la mañana siguiente, todos tuvieron conocimiento de la aventura, y como el soldado designado tenía mala reputación, se le detuvo levantándose después un sumario, durante el cual, asombrado de la precisión con que se le describía su itinerario llegó á decir «*¿Se me ha seguido, pues?*» Pero esta prueba no podía bastar para probarle el delito, y hubo que dejarle en libertad, aunque todo el mundo estaba convencido de su culpabilidad.

Dos años más tarde se produjo en Grenoble un hecho más curioso todavía, pues el rastreador y el ladrón eran una misma persona.

De uno de los armarios del jefe de una oficina donde estaba empleada una persona que me había servido de sujeto, se sustrajo una vez un billete de cien francos. Todos los colegas de ésta la acusaban, pero no creyéndola yo culpable traté de hacerle buscar al autor del delito. Tres días después del suceso la dormí sumergiéndola en uno de los estados más profundos de la hipnósis; en seguida la conduje hasta el armario, le hice tocar el cajón que contenía la moneda robada, desde donde pareció encontrar una pista que siguió inmediatamente con los ojos cerrados, palpando con las manos el suelo y las paredes.

Me condujo así hasta la puerta de su cuarto situado en la misma casa; pero allí retrocedió bruscamente y exclamó llorando: *Yo no he sido, yo no he sido!*—Enseguida volvió á continuar la pista, bajó por una escalera de servicio, atravesó diagonalmente un patio interior—donde reconocí en el mismo camino que seguía, huellas de pasos todavía impresas en la tierra de un

pequeño jardín, abrió una puerta cochera de dos hojas, cerrada con llave, levantando el pasador y, ya se preparaba á proseguir su camino por la calle hácia donde daba esa puerta, cuando la detuve.

Interrogada sobre la hora en que se había producido el robo, exclamó aterrorizada: *Lo veo, lo veo*, y agregó llorando que había tenido lugar el domingo á las 11 de la noche, (el robo se notó el lunes por la mañana).

La conduje entonces al armario y le presenté distintos objetos pertenecientes á empleados de la oficina. Tocaba sucesivamente estos objetos, enseguida el saco que había contenido el billete, y declaraba que no era el mismo contacto; pero si el objeto presentado le pertenecía retiraba viva mente las manos, como si se hubiera quemado, sollozando y protestando de su inocencia.

Algunos días después hice una segunda experiencia con los mismos resultados. Más tarde se tuvieron otras pruebas de la culpabilidad de este joven, casi un niño, y se le despidió de la oficina.

Aunque este caso, como el precedente, no puede ser mirado como una prueba cierta, no por eso deja de demostrar que existe una especie de instinto análogo al que lanza ciegamente al perro de caza sobre la pista, como demuestra también que las resoluciones tomadas en estado de vigilia persisten durante el sueño.

De esto se puede deducir que el cuerpo humano, bajo condiciones aun mal determinadas, desprende emanaciones que pueden ser activas ó pasivas, según el caso.

El problema me parece que ha sido ya suficientemente planteado para que pueda estudiarse.

ALBERT DE ROCHAS.

PENSAMIENTOS

No es en los libros de los filósofos, es en el simbolismo religioso de los antiguos donde es necesario buscar las huellas de la ciencia y volver á encontrar los misterios. Los sacerdotes del Egipto conocían mejor que nosotros las leyes del movimiento y de la vida, sabían templar ó afirmar la acción por la reacción, y prevenían fácilmente la realización de los efectos cuyas causas ellos habían producido. Las columnas de Seth, de Hermés,

de Salomón, de Hércules, han simbolizado en las tradiciones mágicas esta ley universal del equilibrio; y la ciencia del equilibrio había conducido á los iniciados á la de la gravitación universal, alrededor de los centros de vida, de calor y de luz.

Eliphas Lévi.—(Historia de la Mágia).

*
* *

En la revolución constante del Kaleidoscopio de la naturaleza, el aspecto de las formas continuamente se modifica.

Lo que un siglo llamaba una superstición, un error, es mirado generalmente en otro, como una base científica, y el más alto conocimiento y sabiduría del día aparece como un absurdo en el *gran Mañana*.

No hay nada permanente sino la verdad. ¿Pero dónde puede el hombre encontrarla?

Si sabe buscar con bastante profundidad en sí, allí la encontrará, revelándosele ella misma. Cada hombre puede aprender á conocer su propio corazón; para ello, que envíe un rayo de su inteligencia al fondo de su alma, y, en sus repliegues, descubrirá tal vez perlas y diamantes, ó el monstruo que se oculta y sobre quien podrá y deberá vigilar.

Si no es dado á todos el penetrar en el alma de los demás, cada uno en cambio, puede entrar en el santuario interior de su propio templo y ver allí á la diosa, sin velo alguno.

La inteligencia que reside en cada hombre le permite poder arrojar una mirada al través de la red de fuerzas y de potencias que le constituyen.

El puede ir levantando, velo por velo, hasta que en lo más recóndito de sí mismo descubra, en fin, el germen de verdad allí contenido; y este germen que tiene en él toda fuerza, aumentará, llegando á convertirse en un espléndido sol que iluminará con una luz intensa todo el mundo interior del hombre.

Frank Hartmann. (Mágia blanca y mágia negra).

*
* *

Casi todos los axiomas de física corresponden á máximas de moral. Esta especie de marcha paralela que se apercibe entre el mundo y la inteligencia es el indicio de un gran misterio sobre el cual todos los espíritus quedarían sorprendidos si se llegase á sacar descubrimientos positivos.

Pero, no obstante, esa incierta luz lleva bastante léjos nuestras miradas. La curva descrita por una simple molécula de aire ó de vapor está reglada de una manera tan exacta como las órbitas planetarias; no habiendo entre ellas más diferencia que la que establece nuestra ignorancia.

Laplace.

REVISTAS TEOSÓFICAS RECIBIDAS

Durante el último mes se han recibido en esta Dirección las siguientes publicaciones:

«Sophia», de Madrid, correspondiente á Diciembre. Su material, selecto como siempre, lo componen: la continuación del trabajo de *H. P. Blavatsky* sobre el «Caracter Esotérico de los Evangelios»; la continuación de la interesante obra de *D. Arturo Soria y Mata*: «Génesis»; «Nuestros Antecesores Teosóficos», por *Isabel Cooper Oakley*; «Las aguas de la renunciación», por *Herbert Kitchin*, y «Un oficio Búddhico en París», por *A. de Ricaudy*.

«Revue Teosóphique Francaise: Le Lotus Bleu», París, Noviembre de 1898. Trae como material, el siguiente: «Palabra y Pensamiento», por *X.*; «¿Tienen alma los animales?» por *H. P. Blavatsky*; «El hombre y sus cuerpos», por *A. Besant*; «Razas prehistóricas», por el *Dr. Pascal*, etc.

«The Theosophical Review». Lóndres. Noviembre. Contiene un notable trabajo de *Mr. Glass* titulado: «Especulaciones científicas sobre la vida», en el que el autor revela una vez más sus vastos conocimientos científicos. Publica, además, la continuación de los trabajos de *Mr. Mead*, «Sibilistas y Sibilinos»; de *Mrs. Cooper Oakley*, «Incidentes de la vida del Conde de San Germain», de *Annie Besant*, «Problemas religiosos», cuyas primicias en el español nos las ofrece para su próximo número, «Sophia»; de *Leadbeater*, «Clarividencia»; de *Mead*, «La clave de la verdad»; etc.

«The Theosophist» Adyar Madrás. Diciembre. «Hojas de un viejo Diario», por el *Coronel H. S. Olcott*; «Un caso de desdoblamiento», por *Alexander Winder*; «Axiomas Teosóficos ilustrados», por *J. G. O. Tepper*; «Indicaciones de Teosofía Cristiana», por *Lilian Edge*: etc.

»Theosophia...». Amsterdam. Noviembre. «La Escuela de Pitágoras», «El patio Exterior», «Pruebas Teosóficas»; traducción y comentarios del «Tao-te-King», «Versos dorados de Pitágoras», etc.

«Teosofía». Roma. Noviembre. «Voluntad y deseo», por *Décio Calvari*, «La Reencarnación», por el *Dr. Pascal*, etc.

También hemos recibido «La Constancia» y «El Mercurio de América», ambas de Buenos Aires.

La antigua é importante publicación mensual *Enciclopedia Militar* que ve la luz en esta capital, bajo la dirección del señor comandante Marámbio Cattan, trae en su número correspondiente al mes de Diciembre último, conceptos benévolos hacia PHILADELPHIA; conceptos que, reconocidos, aprovechamos esta oportunidad para retribuir.

LIBROS

NOVELAS ESOTÉRICAS, por *Mme. A. B.* La interesante autora del «Voyage en Astral», romance que tanta boga ha tenido no solo entre las personas que se ocupan de estudios psíquicos sino aún entre aquellas que se dedican á lecturas puramente literarias, ha publicado hace poco, con el título que encabeza estas líneas, un interesante libro en el que trata de desarrollar, en el estilo entretenido y ameno, que distingue todos los trabajos de la simpática escritora, algunos hechos conocidos en ocultismo.

En venta en la librería de Ciencias Psíquicas, París, rue Saint Jacques, 42, no dudamos que obtendrá el mismo feliz éxito que ha coronado ya las otras obras de su autora.
